

El hombre que entiende el lenguaje de los animales

Esto es lo que se cuenta.

Un hombre fue a buscar a su mujer, que lo había dejado. Partió y en un momento dado se halló en una encrucijada. Allí encontró un perro.

— ¿A dónde vas?, le preguntó el Perro.

— Qué extraño- pensó el hombre- Nunca había visto un perro que hable.

— Sí, tienes razón de sorprenderte- dijo el Perro. Sé que vas a buscar a tu mujer, pero vas solo; ahora bien, nunca se ha de ir solo cuando se va a buscar a su mujer.

— ¿Qué quieres que haga?, Dijo el hombre.

— Que me dejes que te acompañe, le contestó el Perro. Y este es el secreto que te confío: ya que comprendes lo que te digo, de ahora en adelante comprenderás el lenguaje de todos los animales; sólo no digas nunca a nadie que comprendes el lenguaje de todos los animales. Si dijeras que comprendes el lenguaje de la cabra y la gallina, morirás.

— Bueno, de acuerdo, dijo el hombre. ¡Vamos!

— Cuando llegemos allí, nunca dejes que me sirvan a parte con el pretexto que soy un perro, más bien pide que comamos juntos, agregó el Perro.

Cuando llegaron, les desearon la bienvenida y les prepararon la comida. Les sirvieron dos porciones de masa, una en una hermosa cesta y la otra en un recipiente muy sucio. El hombre y el Perro comieron juntos en el mismo plato, pero no comieron la parte reservada al Perro. Cuando terminaron de comer, se pidió a la gente que cortaran hojas de plátano para la cama de los invitados.

La mujer sabía que venían a buscarla porque ella había dejado a su marido. Se cortaron pues hojas de plátano e hicieron entrar a las cabras. Éstas volvieron de la maleza. Al llegar al pueblo, comenzaron a quejarse diciendo:

— Hay invitados en esta casa, pues han encendido fuego.

Otra cabra dijo:

— ¡Pobres mis crías!

Los machos cabríos se quejaban también, diciendo:

— Otra vez escogerán a las víctimas entre nosotros.

— Pero vosotros no tenéis por qué quejaros, dijeron las cabras, pues no tenéis cría, pero nosotras que sí tenemos, seremos las víctimas.

— ¡Oh! Pero para vosotras por lo menos, todo irá bien, dijeron los machos cabríos, pues pueden degollar a vuestras crías y dejaros vivas.

Al oír todo esto, el hombre se echó a reír, sin poder controlarse. Las gallinas volvieron a sus casas.

— Pobres de nosotras, dijeron, es una desgracia para nosotras, gallinas, ya que una vez más llegaron invitados.

— Pero tú, no tienes por qué quejarte, dijo otra gallina, como estás incubando; no pueden degollarte.

El Perro dijo al hombre:
 — ¿No te había dicho que ibas a entender el lenguaje de todos los animales?
 Durmieron. Llegó el día.
 — Mujer, pongámonos en camino.
 — Espera que vaya primero a cortar leña para mi madre, contestó ella; porque no le queda ni siquiera un trozo de leña; partiremos mañana.
 — De acuerdo, respondió el hombre, partamos mañana.
 — Quédate aquí en casa con mamá, yo voy a cortar leña para mi madre.
 Ahora bien, la suegra era tuerta. La mujer, antes de ir a cortar leña, pidió a su madre que vigilara los cacahuets que acababa de poner a secar afuera. Derramó los cacahuets en el patio. Su madre salió de la casa y fue a sentarse cerca de los cacahuets para vigilarlos. El yerno también estaba sentado afuera con su perro. Las gallinas llegaron y se interpelaron, diciendo:
 — Venid, amigas, venid a comer los cacahuets, pues la que los cuida es tuerta.
 El hombre no pudo controlarse y comenzó a reírse a carcajadas. Y las gallinas continuaban hablando:
 — ¡Junten sólo del lado del ojo tuerto y sigan bien el movimiento de su cabeza! Si ven que se mueve, ¡Huyamos!
 El hombre se cayó de la silla y comenzó a rodar en el suelo de tanto reírse.
 — Mi yerno se burla de mí, dijo la anciana; Se burla de mi ojo tuerto.
 Se enojó y entró furiosa en su casa. Al ver eso, las gallinas comenzaron a comer todos los cacahuets. La esposa regresó del bosque.
 — Mamá, dijo, ¿Cómo es posible que ya hayas recogido los cacahuets, cuando todavía hay sol?
 — Pregúntale a tu marido, contestó la mujer, ¿Por qué has recogido los cacahuets tan temprano?, preguntó a su marido.
 El hombre guardó silencio.
 — Tu marido se burló de mí, dijo la madre, se burló de mi ojo tuerto. Por eso volví a la casa, dejando a los cacahuets afuera. Y las gallinas vinieron a comerse todo. Ese es el sitio en el que se encontraban los cacahuets”.
 — ¿Así que perdimos todos los cacahuets? ¿Todo el campo de cacahuets?
 — Lamentablemente, sí, dijo la madre.
 La mujer se enfadó con el marido por que se había burlado de su madre.
 — ¿Por qué te has burlado de mi madre? ¿Me quieres realmente, tú que te burlas de mi madre, quien me ha traído al mundo?”
 El hombre prometió y juró por el Altísimo que no se había burlado de su suegra.
 — Cuando te caíste al suelo de la silla, ¿De quién te estabas burlando? Estabas solo con ella, aquí en casa, no había nadie más. ¡Dime de quién te burlabas!
 — Ay de mí, dijo el hombre.
 La mujer se enojó tanto que incluso quiso suicidarse.
 — Voy a contarte porqué me reí, explicó el hombre, las gallinas decían entre ellas: comamos los cacahuets del lado del ojo tuerto. Es por eso que me reí.
 Les contó todo lo que el Perro le había dicho en el camino. Y cuando acabó de pronunciar la última palabra, murió. El Perro volvió a su casa.
 Es por eso que nunca hay que burlarse de alguien que está hablando.